

## Homenaje al Dr. Ciro Alegría Varona

Quiero agradecer el honor de esta invitación, de poder estar en esta mesa de homenaje a Ciro Alegría. Saludo a nuestro Rector; a Alicia, hija menor de Ciro, que nos honra a todos con su presencia; a mis colegas con quienes comparto esta mesa.

Yo fui alumno de Ciro en mis estudios de Posgrado en la PUCP, en los cursos de la Maestría y del Doctorado en Filosofía. Estudié con él la *Metafísica de las Costumbres* de Kant, en un seminario fascinante; y no fue menos fascinante, ya en el doctorado, estudiar la *Estética* de Hegel con Ciro. Un par de obras monumentales, frente a las cuales Ciro daba perfecta talla. Se hacía cargo de ellas, no solamente para discutir el contenido formulado por los filósofos, sino para pensar y avanzar por cuenta propia sobre los hombros de estos gigantes. Yo tengo esa imagen de Ciro: un tipo brillante, capaz de lidiar con las mayores honduras que ha producido el pensamiento filosófico y salir bien parado de ello. Una virtud que no es para todos.

Luego tuve la ocasión de ser su tesista de Maestría. Hice una tesis sobre el concepto de libertad en el *Leivathan* de Hobbes. En ese entonces aún no había sido alumno de él, pero ya había una afinidad temática por el lado de la Filosofía Política. Y entonces, trabamos relación y tuvimos ocasión de trabajar en esa tesis. Con los años me volví su colega. Más adelante, compartí un puesto de autoridad con él en un par de ocasiones: en el Consejo de Estudios Generales Letras entre 2011 y 2014, y luego en el flamante Departamento Académico de Posgrado en Negocios, donde fuimos parte de su primera Comisión de Gobierno, cuando yo fui Jefe del Departamento Académico de Ciencias de la Gestión y él Decano de la Escuela de Posgrado en su primer encargo, entre 2014 y 2017. Son veinte años de una relación cercana, cultivada, cortada abruptamente, que me deja entre el asombro y el sinsentido de su partida, con la pena todavía muy viva.

Quería decir algo sobre la relación de Ciro con la Filosofía Política y su papel como educador. Ciro como filósofo, como intelectual, era una persona con un vasto campo de intereses. Ya se han mencionado algunos en las intervenciones que me precedieron; podemos referir la Ética, la Filosofía Política, la Filosofía del Derecho, la Estética y la Antropología Filosófica. Su manejo de los autores clásicos griegos, modernos y

contemporáneos era de veras potente; de amplia cultura literaria, artística, humanística, científico-social. A todo lo cual, debe sumarse el profundo compromiso con el país que también se ha mencionado, sin duda arraigado desde la impronta de su padre.

En cuanto a su interés por la Filosofía Política, es probable que sea por sus clases y conferencias en este campo por donde más se le podría identificar en los últimos lustros. A mi juicio, Ciro tenía una posición republicana que ponía por delante el peso y la importancia de la conciencia cívica, del sentirse plenamente miembro de una comunidad en la que los intereses particulares y universales pudieran reconciliarse hasta donde sea posible; en buena cuenta, le interesaba atender a la necesidad de construir comunidades de agentes racionales y justos. Creo que es un republicanismo de impronta más bien kantiana. Desde aquí Ciro siempre le puso distancia a esa corrección política liberal que saluda muchos derechos y respeta muy pocos. Asimismo, fue distante con muchos de estos progresismos neo-sustantivos que aparecen en la escena contemporánea, constituyendo algo así como nichos emancipatorios que Ciro, por supuesto, siempre defendió, promovió y alentó, pero que parecían quedarle cortos. Los tomaba como ocasión para pensar en figuras de la vida en común y de la justicia más amplias que no se limiten a una reivindicación puntual de tal o cual aspiración humana, para pensarlas desde esa ambición mayor de permitirnos una vida más libre y más justa para todos.

Las obras de Kant y Hegel fueron quizá sus más sólidos fundamentos formativos para el desarrollo sus intereses filosófico-políticos. Desde ahí se forjaron, en un proceso progresivo de no pocos años, las guías de lectura para llegar hasta los estudios sobre la reciprocidad que estuvo llevando a cabo en la última década. En estos años más recientes, se fue acercando a la ciencia social antropológica para ampliar su reflexión sobre la justicia. Estaba en juego una reflexión de fuerte raíz filosófica y crítica frente a la sociedad capitalista, que también se alimentaba de la discusión contemporánea sobre el reconocimiento y la Teoría Crítica. En todos los casos, con un vasto manejo de distintas escuelas contemporáneas que han tratado la cuestión de la justicia. En este derrotero que desde alumno hasta colega pude conocer, yo veía a un filósofo con un compromiso republicano progresista, de izquierda, del lado de los intereses emancipatorios.

Tengo a mano su reciente *Manual de principios y problemas éticos*, que se presentó el año pasado en la Feria del Libro. Un texto del Fondo Editorial PUCP donde muchos

colegas de Filosofía hemos colaborado y en el que Ciro escribe precisamente un capítulo sobre la justicia. Es curiosa la decisión de Ciro de llamarle “Manual de principios y problemas éticos”. La idea que él tenía era que en la Escuela de Posgrado pudiera compartirse este texto en todos los cursos de Ética que se impartieran, de modo tal que tuviésemos una suerte de encuadre mínimo sobre algunos conceptos tales como libertad, igualdad, responsabilidad, justicia, tolerancia, etc. Así, los estudiantes del posgrado tendrían una referencia teórica para poder formarse en una perspectiva éticamente orientada en la universidad. Sin duda, de manual no tiene mucho –se imaginarán– pero Ciro le quiso llamar así, no sin cierta ironía en estos tiempos demasiado plagados de manuales.

Si algo podemos decir sobre la personalidad de Ciro, siempre me asombró ese perfil renacentista que remarcaba Susana Reisz hace un momento (sin usar este adjetivo). Sus intereses no solo eran filosóficos, iban más allá de la Filosofía, de las Humanidades e incluso de la vida intelectual. La música, el violín, su afición por la carpintería, su buena cocina. Una serie de dimensiones que siempre generan ese asombro que acaba de mencionar Susana: “¿de dónde sacaba esa energía y ese tiempo?”. Y resulta que, sin apenas cumplir sesenta años, parte en un momento que genera especial dolor, que a la larga nos generará la melancolía que convoca su último libro; la melancolía ante la posibilidad de una obra que queda trunca. Para quienes estábamos cerca de él y de su producción, la escena parecía dispuesta hacia una producción futura de envergadura.

Luego de dos períodos como Decano de la Escuela de Posgrado, Ciro estaba dejando el gobierno de la universidad. Al inicio de sus años sesenta, se abría para él un momento en su vida que le encontraba en plena lucidez, en plena energía, para esa producción filosófica de la que quizá *Adagios* habría sido solo el inicio. ¡Y vean qué inicio! No creo que el trabajo de Ciro en Filosofía Política hubiera sido finalmente el que lo distinguiera, si el Gigante Azar le hubiera dado la oportunidad. Veo a Ciro como alguien que es más que un filósofo especialista; mucho más que eso. Creo que es un autor y un filósofo de pensamiento abismal que tenía esa capacidad de calar profundo en nuestra naturaleza y de convocar asombro, como convoca *Adagios*. Esa era la ruta trunca de Ciro, la que no podrá ser recorrida. Eso es lo que hemos perdido. Para quienes amamos la tarea de pensar, debemos tener claro que eso es lo que hemos perdido. Eso es lo que no vamos a poder compartir, discutir, ni leer.

Como educador, Ciro fue un maestro que siempre elogió el pensamiento. Quiero aquí citar a mi amigo Santiago Vera, también ex alumno de Ciro. Me contaba Santiago una anécdota de cuando él era su Jefe de Prácticas en nuestros Estudios Generales Letras. En un momento estaban coordinando el contenido de las clases, y Santiago pregunta: “Ciro, ¿qué es lo que vamos a dictar en estas semanas? Ciro le responde: “No, no, no. Nosotros no vamos a dictar. Nosotros de ninguna manera vamos a dictar. Lo único que no quiero que hagas es que dictes. Esto que hacemos nosotros no es un asunto de dictado. Nosotros tenemos que procurar poner a pensar a los alumnos”. Santiago quedó fascinado; cuando me contó la anécdota, yo también. Describe de cuerpo entero a Ciro Alegría.

En efecto, nuestra tarea docente no es la de “dictar”. Es otra. Se trata de una conexión en un proceso de descubrimiento, donde ni se impone el docente, ni el asunto queda librado a la mera espontaneidad del estudiante. La relación de aprendizaje es un encuentro personal –y jamás debe dejar de serlo– donde los docentes podemos tener el privilegio de ser acompañantes y estímulos del desarrollo de su pensamiento. Con Ciro, tuve ocasión de disfrutar de ello, no solo como su estudiante, sino también como su tesista, donde su actitud fue nuevamente esa, la de ayudarme a pensar mejor: ni pensar por mí, ni castrar mi pensamiento; tan solo ayudarme a pensar mejor que es lo más que se puede hacer por un filósofo en formación.

Quisiera subrayar la lealtad de Ciro al pensamiento. Supone una virtud fundamental: la generosidad; puesta en sus clases, en sus conferencias, en sus conversaciones. Y ocurre que el pensamiento que se vive con radicalidad no acepta compromisos ni contraprestaciones de poca monta. No se amarra a un interés político de ocasión, no se amarra a un interés económico, o a un discurso dominante; simplemente va hasta sus últimas consecuencias. Ciro sabía hacerlo, además, con una sonrisa. Quien regala como lo hacía él, suele tener siempre la sonrisa por delante, aunque esté siendo exigente, o incluso confrontacional en su reflexión. Sigue sonriendo, no por vanidad, sino por el descubrimiento que sigue en marcha también en el antagonismo. Desde esa generosidad, puso siempre por delante el intercambio honesto de ideas y esa alegría que él tenía. Ciro, pues, era una persona con alegría y con generosidad.

Contamos con su ausencia. Y es una ausencia que lloramos no simplemente porque a nivel personal lo hemos querido. Sin duda, vamos a extrañar poder conversar con él,

encontrarlo, visitarlo, estar en contacto con esa inteligencia tan estimulante, con esos ojos tan vivaces. Pero lo lloramos también porque estamos en una situación de crisis, probablemente en un cambio de época, y ya no estamos exagerando cuando hablamos de esto. Una crisis que afecta a la Academia, y por supuesto afecta las tareas y las urgencias de la Filosofía de nuestro tiempo. Y requeríamos –y requerimos– de mentes brillantes como la de Ciro. Y eso es lo que hemos perdido. Mentes brillantes dispuestas a pensar con radicalidad, sin compromisos con intereses subalternos, entregados en ese modo kantiano de la autonomía que se quiere a sí misma. El pensador que está dispuesto a seguir pensando a pesar de las consecuencias. En *Adagios*, encontramos esta frase: “la crítica es la crisis elevada al pensamiento”. El trabajo filosófico de hacer crítica, en el campo que fuera, consiste en hacerse cargo de la realidad en la que vive el filósofo, y ser capaz de darle a eso la forma conceptual que nos permita instalarnos mejor en esa realidad y, eventualmente, transformarla.

En estos tiempos tan vacíos de pensamiento, tan pobres intelectualmente, nos vas a hacer falta, Ciro. Una buena persona, un filósofo notable, inspirador, brillante. Gracias por todo.

**Levy del Águila**